

PRÓLOGO

Atilio Boron

Siempre es un placer escribir unas palabras a modo de presentación de un libro que trate con rigurosidad temas candentes como la deriva autoritaria y predatoria del neoliberalismo contemporáneo, y de modo muy especial en Argentina. Aunque en este caso debo decir que es también un privilegio, porque tengo la posibilidad de participar en una empresa intelectual en donde se aportan diagnósticos y propuestas concretas de superación de la gravísima crisis en que se encuentra sumida la Argentina a partir de la llegada de la alianza Cambiemos a la Casa Rosada. De ahí que mis primeras palabras sean de agradecimiento. Paso a continuación a desarrollar este comentario inicial.

El libro se inscribe en la mejor tradición del pensamiento crítico que, fiel a lo establecido por Marx en su célebre *Tesis XI sobre Feuerbach*, no solo interpreta al mundo y lo hace correctamente en sus diversas dimensiones, sino que aporta algunos elementos cognitivos imprescindibles para cambiarlo. Y tiene un destinatario bien preciso: los diversos movimientos populares que se agitan en la turbulenta escena política

argentina. Y un objetivo también muy claro: relevar el paisaje económico, social y político del país resultante de la catástrofe civilizatoria producida por el “neoliberalismo recargado” de los últimos años. Éste, como correctamente se plantea, no es tan solo una reedición de anteriores tentativas como la que pusiera en práctica la dictadura genocida de los setenta, con José A. Martínez de Hoz como su figura emblemática; ni tampoco la que se instaurara durante la larga década menemista, y cuyo arquitecto económico-financiero fuera Domingo F. Cavallo. Para desgracia de este país, cada vuelta de tuerca neoliberal fue mucho más que una repetición de lo mismo; fue una intensificación y expansión de la destrucción inherente a ese proyecto causada en la economía, la sociedad, la política y la cultura. En esta dirección, las contribuciones reunidas aquí reflexionan sobre las políticas y transformaciones económico sociales impulsadas por el macrismo y sobre sus consecuencias y alternativas, pero también sobre la problemática de los derechos humanos, las luchas de las mujeres, la laboriosa democratización de la política, la cuestión de los medios de comunicación y el acelerado deterioro del “Estado de Derecho” y el imperio del *lawfare* como nuevos dispositivos de dominación social. En síntesis: se ofrece —¡en buena hora, porque era muy necesario!— un panorama completo de la compleja realidad de la Argentina contemporánea.

A la hora de reflexionar sobre estas mutaciones neoliberales es preciso recordar que sus teóricos asumen como una premisa silenciosa, o pocas veces explicitada, la extravagante idea de que la sociedad no existe y que solo existen los individuos. Esto fue así sintetizado en la asombrosa respuesta que ofreciera Margaret Thatcher cuando una periodista de la revista *Woman's Own* (un semanario británico dedicado a temas tradicionales de la mujer) la interrogó, en el otoño de 1987, sobre el impacto que sus políticas de reestructuración económica habían

tenido sobre la sociedad inglesa. Dijo en esa ocasión la premier británica que:

La sociedad no existe. Hay hombres y mujeres individuales, y hay familias. Y ningún gobierno puede hacer nada excepto a través de su gente, y la gente tiene que preocuparse primero que nada de sí misma.

Esta verdadera apoteosis del “individualismo posesivo”, como con acertada intuición lo caracterizara C. B. Macpherson, es la marca definitoria de la etapa del “neoliberalismo recargado” prevaleciente en estos días. El reverso de la negación de la sociedad no es otra cosa —¡mal podría ser otra cosa!— que el primado de la “antipolítica”, es decir, la idea y la práctica de que la política es una esfera intrínsecamente corrupta y parasitaria y que debe ser sino desterrada, por lo menos rebajada a su mínima expresión: una anodina campaña electoral cada dos años y cuya duración se reduzca, en lo posible, a unas pocas semanas, y en donde no se discuta ningún tema de fondo, sino que se limite a una guerra de estrategias marketineras para atraer a los cada vez más desinteresados votantes. El ruidoso activismo de la política, sus interminables polémicas y su incesante puja por el poder no hacen otra cosa que alterar la paz y la serenidad que precisan los mercados para desempeñar su bienhechora tarea. Por lo tanto, la voz de orden de los nuevos tiempos es abandonar la política estigmatizada como la esfera de la corrupción y el atraso, repudiar cualquier estrategia colectivista o comunitaria (partidos, movimientos sociales, sindicatos, asociaciones territoriales, etcétera) e incentivar la privatización de los sujetos. Los partidos, protagonistas otrora esenciales de la vida democrática, se desdibujan hasta convertirse en camaleónicos e informes “espacios” sin identidad definida y mucho menos estable; y los ciudadanos son inducidos a refugiarse en un exacerbado individualismo originario en donde cada cual lucha, en soledad, para alcanzar los bienes y las riquezas que el capitalismo ofrece a los intrépidos

pero niega a quienes deseen obtenerlos por la vía de la acción colectiva.

Contra ese proyecto, en su aplicación argentina, se levanta este libro. Y justamente su reflexión comienza sobre estos procesos de reconfiguración neoliberal del Estado y la política. En relación con estas problemáticas, Mabel Thwaites Rey y Emilio Taddei realizan una indagación sobre la continuidad y reactualización de la matriz neoliberal, particularmente respecto de las políticas, estrategias y tecnologías características de la década de los noventa pero, al mismo tiempo, tomando nota de las rupturas y novedades del “neoliberalismo recargado” del momento actual. Una problemática que refiere también al estudio de las relaciones políticas entre las clases dominantes y el Estado que las representa y protege y a la nueva narrativa que sustenta esos cambios, en particular la exaltación de una supuesta “meritocracia” basada en la eficacia, el éxito y la competencia. Este nuevo relato requiere, como indispensable sustento práctico, la aparición del “ciudadano-empresario”, el individuo aislado de Margaret Thatcher fútilmente llamado a convertirse en el necesario átomo social del “emprendedorismo” pregonado por el gobierno de Mauricio Macri.

Esta ideología, huelga acotarlo, se opone frontalmente a los principios de justicia, igualdad y solidaridad social propios de la república democrática y representa el triunfo del mercado sobre la polis. Uno de los nuevos dispositivos mediante los cuales el primero prevalece sobre la segunda ha sido el llamado *lawfare*, cuestión particular que examinan los autores en la contribución que abre esta publicación. Una guerra jurídica que implica la politización del poder judicial (cuyos miembros pueden frustrar cualquier iniciativa que contraríe los fundamentos del dominio del capital, como se comprobó con las vicisitudes sufridas por la Ley de Medios en Argentina o las que paralizaron al gobierno del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional en El Salvador) y su anverso, la judicialización de la política que hace

que el lugar de ésta se traslade desde el ágora a los tribunales de justicia, acallando por completo las voces que desde una lejana calle expresan la soberanía popular.

A continuación, se pueden consultar una serie de contribuciones centradas en la problemática económica, y con razón dada la gravedad de la crisis desatada por el macrismo. Sobre esta cuestión, solo un delirante podría interpretar el actual descalabro de la economía argentina como un ejemplo de los procesos de “destrucción creativa” exaltados por el economista Joseph Schumpeter en su teoría sobre la innovación empresarial. Lo que ha habido en este país fue una obra de destrucción sin precedentes en donde se amalgamaron políticas de liquidación de las pequeñas y medianas empresas mediante la apertura indiscriminada de la economía, un ataque despiadado contra el salario y el sindicalismo obrero y, como remate, acelerados procesos de concentración de la propiedad y la riqueza (acompañados por su inevitable reverso: el aumento desorbitado de la pobreza); todo lo cual fue estimulado por un fenomenal —por su monto y rapidez— proceso de endeudamiento externo. Este es el tema central que trata Claudio Katz en su contribución, que describe los cuatro posibles desenlaces del actual proceso económico, todos con sombrías tonalidades independientemente de la fuerza política que, a partir del próximo 10 de diciembre del 2019, se instale en la Casa Rosada. Sin duda, el peor es el que tendría lugar con una ratificación del macrismo, pero los otros tres mal podrían ser alentadores, dado el crucial papel que ha pasado a desempeñar el FMI en la política argentina, estableciendo, como lo hiciera en México entre 1982 y 2018, un pertinaz “cogobierno” en donde las opiniones y preferencias del electorado son una tenue cortina de humo con la que se pretende ocultar la dictadura “legal y democrática” de la oligarquía financiera. Los riesgos de un derrumbe podrían llegar a abrir las puertas a una definitiva dolarización de la economía argentina, tal como ocurriera en

Ecuador con la megacrisis bancaria de 1999. Ésta no solo hundió a la economía de ese país, sino que acabó con su moneda, siendo el sucre a partir de allí reemplazado por el dólar con la consecuente liquidación de un instrumento fundamental para enfrentar a las crisis económicas. La política monetaria del Ecuador pasó a ser dictada a partir de ese momento por la Reserva Federal de Estados Unidos y no más por un gobierno surgido de un proceso electoral. La Argentina corre el grave riesgo de reeditar esa malsana experiencia.

Ante ese escenario, Martín Schorr y Emiliano López asumen la tarea de delinear los contornos de las posibles alternativas que nos ahorren los fragores de tan infeliz desenlace. El punto de partida es un diagnóstico coincidente con el de Katz, cuyos determinantes fundamentales son (a) la agravada restricción externa de la economía argentina y los perversos efectos de las políticas ortodoxas (apertura externa, devaluación, endeudamiento, liberalización financiera, etc.); (b) los aparentemente insuperables límites del proceso de industrialización, lastrado por las superganancias del sector servicios y el sistema financiero; (c) la ingobernabilidad de la inflación y sus regresivos efectos redistributivos; y d) la crisis fiscal y las falacias del ajuste del gasto público como salida a la crisis. La gravedad de este diagnóstico exige la puesta en práctica de audaces políticas macroeconómicas, comenzando por una imprescindible e impostergable reestructuración de la deuda (que, por supuesto, deberá ser previamente sometida a una rigurosa auditoría); un férreo control de capitales para poner fin a la escandalosa fuga propiciada por el macrismo; la nacionalización del comercio exterior y de los sectores estratégicos de la economía y, como una tarea largamente postergada, una reforma tributaria integral sin la cual el Estado no tendrá condiciones de financiar ninguna política de reconstrucción. Si esto se lleva a cabo con idoneidad, podría traducirse en una recuperación y relanzamiento del tejido

industrial y el mercado interno, la expansión del empleo, la recuperación de los salarios y el crecimiento de la economía.

Claro está que a nadie se le puede escapar que una salida de esta naturaleza requiere una previa acumulación de fuerza política que debería concretarse en los próximos meses. Pero, además, como se señala en el capítulo escrito por Patricio Vértiz, Viviana García, Fernando González, Diego Pérez Roig y José Seoane, hay un desafío de envergadura: evitar que en el proceso de reconstrucción económica de Argentina se profundicen las lógicas de despojo, saqueo y devastación socioambiental del modelo extractivista en vigor desde hace unos treinta años. Más recientemente, la disminución o la lisa y llana eliminación de las retenciones y los incentivos otorgados al capital extranjero para la explotación de los recursos hidrocarburíferos y mineros pueden agravar la depredación de la naturaleza hasta producir un verdadero holocausto ecológico. La descontrolada sojización del campo argentino, el avance del agronegocio y la generalización los transgénicos (con sus letales fertilizantes y herbicidas) y la explotación vía *fracking* de Vaca Muerta podrían, tal vez, ser los motores de un vigoroso crecimiento, pero produciendo “daños colaterales” cuyos costos de reparación neutralizarían con creces los beneficios de ese crecimiento, dejando además como saldo una sociedad profundamente afectada en la salud pública y con tasas de morbilidad que ya hoy, en algunas regiones de la pampa húmeda, llegan a niveles escandalosos.

Ante la situación económica y social planteada hasta aquí no es de extrañar que sujetos populares en Argentina hayan intentado poner en marcha distintas iniciativas tendientes a paliar los efectos del programa económico del cogobierno FMI-Cambiemos y a explorar inéditos caminos para la reconstrucción económica y social del país. En el capítulo dedicado a este tema, Magdalena Toffoli, Joaquín Lazarte y Mariana Fernández Massi examinan la reestructuración del

mundo del trabajo y las dinámicas organizativas de los nuevos sujetos colectivos que comenzaron a irrumpir *pari passu* con la profundización de las políticas neoliberales. El énfasis está puesto en el papel de la CTEP, la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular, que contiene una propuesta económica de base comunitaria a la vez que da aliento a nuevas formas de representación laboral. La tesis de los autores es que, en un hipotético escenario de cambio de gobierno, la CTEP podría convertirse en una organización de gran importancia, tanto en la esfera de la economía como desde el punto de vista de la activación y movilización políticas necesarias para corregir el rumbo por el que transita la Argentina.

Por otra parte, otro de los movimientos sociales que ha sido protagonista central de la acción colectiva en estos años ha sido el movimiento de mujeres que, a juicio de quien esto escribe, se ha constituido como el fenómeno de masas más importante que ha irrumpido en la vida política de este país desde hace décadas. No solo por las dimensiones cuantitativas de sus grandes movilizaciones convocadas en torno a las consignas fundamentales del Movimiento “Ni una Menos” y la Campaña por el Derecho al Aborto, respaldadas por una impresionante mayoría social, sino también porque han logrado cambiar el clima ideológico imperante sobre estos temas e introducir en la agenda de los partidos y movimientos sociales reivindicaciones de género largamente ninguneadas en la política argentina. Como bien se observa en este trabajo, estas mutaciones eran inimaginables hasta hace apenas unos pocos años y, sin embargo, hoy son temas insoslayables del debate público. No es un dato menor que tan positivo resultado haya sido consecuencia de la solidez del trabajo organizativo del movimiento de mujeres, su vocación unitaria en la lucha y su ininterrumpido activismo a lo largo del tiempo, sorteando los obstáculos y los paréntesis inmovilistas que para las fuerzas políticas tradicionales interpone el calendario electoral. En el

contexto de estas emergencias, Nayla Pis Diez y Marina Font proponen en particular una reflexión sobre los femicidios, sus causas y los desafíos que plantean a las perspectivas emancipatorias bajo el régimen neoliberal. Desde una mirada explícitamente declarada como feminista, las autoras someten a examen los datos relativos a la violencia contra las mujeres y, en particular, a ciertas importantes consideraciones metodológicas usualmente desdeñadas: la forma como se miden los femicidios, cómo se los comprende o interpreta y cómo se puede combatir ese flagelo sin caer en una perspectiva punitivista.

Justamente, esta problemática del punitivismo, la represión y el miedo como componentes del estado neoliberal es abordada a fondo en la contribución siguiente a cargo de Esteban Rodríguez Alzueta. Uno de los rasgos más sobresalientes del macrismo ha sido el endurecimiento de sus políticas punitivas y la exaltación de las mismas, de manera por momentos extravagantes, por la ministra del ramo y el propio presidente cuando recibió con grandes elogios en la Casa de Gobierno a un policía que había asesinado a un supuesto ladrón disparándole por la espalda cuando huía de la escena del delito. El objetivo de esta apoteosis del punitivismo no es tan sólo reprimir la protesta social, sino elaborar artefactos legitimatorios machacando a través de los medios sobre la importancia del combate al narcotráfico, la “guerra a las drogas” y la mano dura contra el delito. Dispositivos imprescindibles para un gobierno cuya legitimidad se ha visto fuertemente deteriorada por los deplorables impactos sociales de sus políticas económicas. El papel dual de las fuerzas de seguridad es convenientemente analizado en este capítulo: garantizar el disfrute del “Estado de Derecho” en los barrios adinerados y violar sus principios más elementales cuando aquellas se desplazan y ocupan los territorios habitados por los pobres y los condenados por el sistema, donde la “mano dura” y la “tolerancia cero” aparecen

en todo su lúgubre esplendor al igual que en el Brasil de Jair Bolsonaro. El objetivo latente de esta dualidad política es muy claro: desde los tiempos de Thomas Hobbes, mediados del siglo XVII, sabemos que el miedo es un poderoso instrumento de control social y una vigorosa fuerza que impulsa a la población a buscar refugio en las certezas y seguridades que supuestamente ofrece el poder. Hoy, además, sabemos que las modernas técnicas de la propaganda política pueden, como nunca antes, inculcar el miedo y vaciar de sujetos la esfera pública y la vida política. El resultado es, tal como lo expresáramos más arriba, un nuevo triunfo de la “antipolítica”, la privatización de los sujetos, el abandono de cualquier estrategia colectiva, el desaliento de la militancia y la autoorganización de las clases subordinadas. O sea, consagrar la idea tan cara al neoliberalismo de que “no hay alternativas”. El colofón de este clima de opinión es la derechización del electorado, la frenética búsqueda de un orden que ponga fin al “desorden” causado por el ansia de poder de los políticos y su “politiquería”; clima de época en donde se reclama con ingenuidad y mucha rabia la llegada de alguna figura mesiánica, “de afuera de la política” e incontaminado por ella: un empresario, un relator deportivo, una celebridad televisiva, todos supuestamente capaces de restaurar el orden y la seguridad perdidas. Los ejemplos de cada una de estas figuras abundan en la política latinoamericana contemporánea. Y el miedo ha asumido en los últimos tiempos, no sólo en nuestras tierras sino también en Estados Unidos y Europa, un papel cada vez más importante como constructor de una identidad política conservadora y derechista, en donde el racismo, la xenofobia, la misoginia y la homofobia satanizan al inmigrante, al refugiado, al extranjero, al desplazado, al pobre, al desempleado, al sin techo, al diferente, a mujeres y hombres que se apartan de la plana y homogénea ciudadanía imaginaria que propone en su narrativa el “neoliberalismo recargado” y para los cuales se diseña un inmenso aparato

represivo a cargo de las “fuerzas del orden” y de los medios de “confusión de masas”, cómplices indispensables de las primeras.

Finalmente, la problemática democrática bajo la actual ola neoliberal es objeto también de la siguiente y última contribución, que cierra este libro; en este caso, en relación con la comunicación social, los medios masivos y las redes. En esta dirección, el capítulo escrito por Natalia Vinelli, Alejandro Linares, Adrián Pulleiro y Lucía Maccagno reflexiona en detalle sobre los desafíos y alternativas que plantea esta problemática a la luz de lo sucedido con la llamada “Ley de Medios” y los procesos de concentración empresaria acontecidos en el sector en estos años; así como frente a la revolución informática en curso y las posibilidades que la misma ofrece para una recuperación del protagonismo de la sociedad en el manejo —o en el control de— los medios de comunicación de masas. Los autores previenen en contra de la ingenua creencia de ciertos “ciber-admiradores” que creen que el advenimiento de políticas orientadas a diseminar socialmente las tecnologías digitales y promover el acceso a la Internet resolverán las desigualdades construidas a lo largo del tiempo, aciertan cuando observan que la ausencia de esas políticas no tendría otro efecto que el de ahondar las desigualdades preexistentes. Las limitaciones de estos esfuerzos durante los años del kirchnerismo, en particular la crisis o la lisa y llana desintegración de los medios privados que orbitaron en torno a la Casa Rosada y cuya viabilidad económica dependía de la largueza de la pauta oficial tanto como la política macrista de desmantelamiento y vaciamiento de los medios estatales son dos caras de una misma moneda que habla de las enormes dificultades que plantea la batalla comunicacional en nuestro tiempo. Sobre todo, por el fortalecimiento del oligopolio comunicacional del multimedio *Clarín* a partir de su fusión con Telecom. De ahí la importancia crucial de la pregunta que se formula en este capítulo: ¿qué

hacer con la concentración infocomunicacional convergente y cómo hacerlo? Porque, sin una radical democratización del espacio comunicacional (hoy oligopolizado casi por completo) y del espacio público en general, no habrá democracia duradera en ningún país del mundo. De ahí la excepcional importancia de este asunto que pasa normalmente desapercibido en los escasos debates en que se enfrasca la clase política de este país.

Termino aquí mi reflexión sobre este libro, que no dudo en calificar de indispensable para comprender los aciagos tiempos que corren y también para ayudarnos a encontrar un camino de salida que ponga fin a la pesadilla que, por culpa del “neoliberalismo recargado”, se ha enseñoreado en este país. Los invito, entonces, a leerlo.

Buenos Aires, 4 de julio de 2019.